



VIOLETAS
EN EL BALCÓN

Fátima Redondo

VIOLETAS
EN EL BALCÓN



Primera edición: diciembre de 2021

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Fátima Redondo

ISBN: 978-84-18958-94-6

ISBN digital: 978-84-18958-95-3

Depósito legal: M-34648-2021

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A todas las almas viejas que inspiraron
esta historia, gracias por acompañarme.
Nos volveremos a encontrar.*

PRÓLOGO

El riesgo de vivir frenéticamente es opacar la sutileza de un momento; porque hay momentos más trascendentales que la vida misma.

Una palabra, un gesto, una mirada no deben ser subestimados; como el poder de las pequeñas grandes cosas, las que calan, las que se disfrazan de imperceptibilidad para hacer de las tuyas.

Mira a tu alrededor, la vida es más de lo que piensas y menos de lo que te han contado.

La vida es tanto y tan poco, que en ocasiones ha sido capaz de esconder sus más sublimes caprichos en los lugares menos pensados; por ejemplo, los pétalos cerrados de una flor.

1

ENERO

*Bocanada de aire sin suspiro
Flores nuevas viviendo mientras muero
Desandando los azares del destino
Si la vida se viviese como quiero...*

—El miedo es un buen síntoma... Es la prueba de que tus sentidos están activos, vivos. Quiero que enfoques tu mirada en un punto específico; luego vas a inhalar mientras yo cuento hasta diez, ¿de acuerdo? —la voz del doctor era serena y profunda, a juego con su apariencia formal.

La habitación de paredes dismanteladas estaba alumbrada por una luz tenue. El olor de los aceites podía llegar a marear un poco, en especial el sándalo, el cual se podía sentir impregnado en la piel de los asientos y le otorgaba carácter al lugar.

Sus párpados comenzaron a sentir una pesadez flemática, mientras los orbes se mecían rítmicamente, cada vez más lentos.

—Observa el péndulo mientras exhalas en cuenta regresiva. Cinco, cuatro, tres, dos... Uno. Siente cómo tu corazón y todo tu ser se funden, como una unidad de vida inseparable...

Violeta dejó su cuerpo caer. Una sensación de adormecimiento la recorrió desde los tobillos hasta la nuca, hundiéndola en el más profundo rincón de su inconsciente. La hipnosis había funcionado por primera vez, después de meses intentándolo...

—Violeta, ¿me escuchas? —susurró—. Sigue mi voz, yo seré tu faro. Te llevaré al origen, vamos a desenmascarar todo lo que te impide ser feliz.

La chica se retorció un poco en el asiento reclinable. El doctor analizó su lenguaje corporal, las piernas intranquilas y el vientre agitado pedían ayuda, así como las manos húmedas y temblorosas no encontraban sitio en donde relajarse, cual si todo a su alrededor tuviese espinas.

Él las apretó suave y cálidamente, hasta que su pulso se volvió estable. Su única intención por el momento era observar la reacción primaria, cómo respondería su inconsciente a algo que se había resistido por tanto tiempo.

—Voy a contar hasta diez. Cuando termine haré chasquear mis dedos y despertarás. ¿Estás lista?

Se dejó guiar, plácidamente, con una relajación que no había experimentado en años, hasta que un chispazo de vida comenzó a conectar músculos y emociones, sentidos y fibras nerviosas. Los ojos pardos se abrieron al último, con una rapidez desesperada.

Se puso de pie, ansiosa e incrédula, frotándose las palmas de las manos en el pantalón de *denim* negro y con la expresión que carga quien ha dormido mucho y muy intenso.

—¿Funcionó? —preguntó, intentando mantener la postura desinteresada de siempre.

El doctor Greiner sonrió desde su asiento, respondiendo con una naturalidad inmutable.

—Eso lo sabrás tú mejor que yo... ¿Cómo te sientes?

—Menuda basura —contestó, irreverente—. Solo me he quedado dormida. En un lugar como este quién no lo haría —negó mientras jugaba con el piercing de su nariz.

Él permaneció con la pierna cruzada y el cuaderno de notas sobre ella, con esa expresión de neutralidad que a ella le encendía las vísceras sin saber por qué.

Era capaz de desnudar sus pensamientos con la mirada, pero un paso en falso podría resultar contraproducente; habían avanzado muy poco, y era fácil que Violeta sintiera que su intimidad estaba siendo violada si se apresuraba demasiado. Por esa razón, aunque tenía la certeza de que la hipnosis había funcionado, la dejó ganar.

—Pasos lentos, pero seguros. Es la primera vez que llegamos a esta profundidad, aunque solo te hayas quedado dormida. Me siento satisfecho de que al menos te relajaras —le sonrió con franqueza—. En la próxima consulta prometo cumplir tus expectativas.

Frunció el ceño, pero no a modo de confusión, sino dibujando en su rostro una expresión sarcástica, como si una idea maliciosa acabara de nacer en su interior.

—¿Expectativas? ¡Qué optimista! Ten algo muy presente: yo nunca he esperado nada de ti —ella tomó uno de los caramelos de menta sobre su escritorio—. Un *souvenir*, doc, esto es lo que más me gusta de tu consulta —sostuvo su mano y colocó la envoltura de nailon en la palma abierta, marchándose sin cerrar la puerta.

Violeta y el doctor Greiner se habían conocido dos meses atrás. Cuando la apelación del abogado a la Corte fue aceptada; el acuerdo se dividió en dos condiciones. La primera: si la chica no reincidía en actos delictivos, no sería enviada al correccional. La segunda: que se mantuviera bajo tratamiento psicológico por un año, y que, al cabo de este plazo, se comprobara con hechos una mejoría en su conducta.

Eran mediados de noviembre la primera vez que lo vio. Estaba drogada, lo habitual por aquellos días, y le sonrió mucho en la primera consulta. Aunque solo conservaba un recuerdo vago de aquel día, extrañamente sintió que había sido un encuentro agradable y cálido.

Él se dedicaba únicamente a realizar preguntas generales, más interesado en su forma de responder que en la información en sí, mientras anotaba en su agenda.

Lo cierto es que Violeta le había devuelto las ganas de trabajar cuando estaba a punto de cerrar su consulta y dedicarse a negocios triviales. La inestabilidad emocional de Rebeca, su mujer, estaba consumiendo sus mejores años; y ahora se hallaba al borde de un colapso mental, listo para rendirse.

Aquella joven rebelde, con los ojos repletos de ayer y un doloroso rencor que le emanaba por los poros, revivió

en él las ganas de dar, de servir incondicionalmente, y con tal satisfacción, comenzaron sus encuentros, una vez por semana, en la pequeña oficina del centro de la ciudad.

A ella poco le importaba su suerte, pero aún tenía veinte años. Según las leyes, los padres tenían derecho a interceder si consideraban que un hijo, menor de veintidós años, no se hallaba en plenas facultades mentales. En efecto, el uso de estupefacientes mantenía a Violeta a veces en un letargo; otras, en una actitud de agresión pasiva, pero rara vez como la dulce niña que fue, antes de cumplir los dieciocho años.

Él estaba acostumbrado a tratar con inadaptados, teniendo además el don de la paciencia natural; ella hacía hasta lo imposible por desagradarle, y su don natural era el de exasperar hasta a los seres más centrados.

La vida de Violeta era una lucha constante por deshacerse de quienes mostraran un interés sano hacia ella. Él, por su parte, tenía una fe ciega en el mejoramiento humano. Así comenzó una batalla de titanes, una guerra mental y emocional devastadora, pero darse por vencido nunca fue una opción para ninguno de los dos.

—Es un método de defensa —explicó el doctor a sus padres—. Inconscientemente, ella desea ser el centro de atención.

Aquella noche, luego de la consulta, ella no llegó a casa. Sus emociones habían entrado en conflicto y necesitaba enfocarse en lo único importante, deshacerse de todo aquello que la hiciera débil. No quería ver el mundo desde los ojos de una víctima, nunca más.

Estuvo en compañía de unos amigos por varias horas, riendo escandalosamente y espantando a quienes osaran atravesar los suburbios de la ciudad después del ocaso. Ezra insistió en acompañarla a casa, pero necesitaba de ese tiempo para sí misma, debía mantener tal rigidez mental que le impidiera al doctor llegar a un sitio tan profundo de su ser sin tener control de lo que podría ver ahí dentro. Era peligroso para ella, así como para sus padres.

Finalmente, quedó sola, sin sentido del tiempo, ni de los peligros circundantes. Estaba recostada en la pared lateral de una factoría. El inmenso grafiti a sus espaldas parecía narrar su historia. Dos alas negras se extendían sobre sus hombros con la frase «ángel o demonio» en el centro.

El sonido de pasos acercándose hizo eco en la callejuela vacía. Sin embargo, no abrió los ojos, pues sus pensamientos, aún sin sentido, acaparaban toda su atención. Era una noche opaca, de nubes encrespadas que entorpecían la claridad de la luna. El frío oscurecía sus labios y penetraba sus huesos a través de los brazos desnudos. A pesar de temblar compulsivamente, se sentía indefensa, incapaz de reaccionar a sus propios instintos.

Escuchó diversas voces, todas masculinas. Una sirena de policía, pasos rápidos, golpes, humedad, sangre; todo giraba a su alrededor desenfrenadamente. Sintió el palpito de su corazón retumbarle entre pecho y espalda, como si buscara salirse de su cuerpo.

«¡Vámonos, Falcón!».

Fue lo último que escuchó antes de que una sensación anestésica comenzara a devolverle la calma. Una voz pro-

funda, familiar, dos inmensos ojos negros tan cerca del rostro que casi se pudo mirar en ellos.

—Tranquila, estás conmigo, no hay nada más a nuestro alrededor. Cierra los ojos y cuenta hasta diez.

La voz se fue alejando hasta convertirse en un eco distante e imperceptible, luego se fundió con otro sonido: un pito sordo, incómodo y monótono... Una máquina de hospital.

Los recuerdos se mezclaron de repente y le costó distinguir entre la realidad y lo que podría haber sido un mal sueño. Escuchó el timbre ahogado de su madre, hablando entre susurros para no despertarla.

—Tiene varios hematomas, pero no hay sangrado interno. Solo necesita reposo.

—Me siento aliviada de escuchar eso. Gracias doctor... ¡Ah! —la mujer lo tomó de la manga de la bata, casi como una súplica—. Una última molestia, ¿cuál es el estado de Violeta? —bajó la mirada al preguntar, como si estuviera esperando la misma respuesta de siempre.

Él dejó escapar un suspiro impregnado de fastidio y resignación, la chica era una paciente recurrente.

—Ella está bien, pero les advierto que el nivel de cocaína en su sangre es preocupante. No siempre se corre con la misma suerte.

Violeta se incorporó lentamente, intentado en vano que los muelles de la cama no la delataran. El doctor la observó de reojo y apretó los labios en señal de desaprobación mientras se marchaba.

—Por fin —dijo la madre.

—No vuelvan con lo mismo otra vez —se llevó los dedos a las sienes—; al menos déjenme comer para tener la fuerza de aguantar el sermón.

—¿Qué pasa contigo? ¿No te das cuenta de que te destruyes, y a todos a tu alrededor?

Violeta se encogió de hombros.

—¡Aprendí de los mejores! —dijo con sarcasmo—. No hagan más teatros, ustedes toman sus decisiones y yo las mías, ese fue el acuerdo.

—Ese fue el trato —rebató el padre, con los dientes apretados—. Precisamente por eso estás inmiscuyendo mucha gente en este asunto, y eso no nos conviene. Aún no has visto cómo quedó el doctor Greiner...

—¿Qué? ¿Qué tiene que ver el doctor en todo esto? —dijo mientras hacía un esfuerzo por recordar.

—Saliste de su consulta y no llegaste a casa... ¿A quién íbamos a llamar para saber de ti?

—Y el muy metiche se las da de héroe... —resopló ella con fastidio.

El ambiente se tensó, el padre aflojó un poco el cuello de su camisa y le indicó la salida a su mujer con un torpe ademán.

Violeta no comprendió lo que sucedía hasta que vio una sombra alargarse sobre su cama. Los brazos descubiertos estaban atravesados por sueros y caminaba despacio. Estaba tan acostumbrada a verlo en traje o camisas oscuras, que aquella informalidad hizo que algo se le removiera internamente. Él pidió permiso para sentarse a su lado.

La imagen atractiva que de pronto había tomado forma en su imaginación se desvaneció con aquella aburrida gentileza que lo caracterizaba. A veces daba la impresión de sentir lástima por ella, y eso la llevaba a odiarlo un poco más.

—¿Así es como luces cuando peleas? —comentó con una sonrisa de medio lado que parecía una mueca.

—No suelo pelear, pero el día en que me vaya a los puños con alguien te lo haré saber.

Los ojos de la joven se oscurecieron; era el hombre más impertinente que había conocido. Otra persona la hubiese corrido de la oficina o se mostraría enfadada, por alguna razón le era más fácil lidiar con el rechazo que con la indiferencia.

Lo que Violeta no comprendía es que las reacciones del doctor Greiner distaban de ser indiferentes, simplemente enfocaba su atención en sacar a la luz las cualidades positivas que podía ver en ella. Pero, en aquel momento, todo lo que marchara en contra de sus deseos, le era desagradable.

—No es necesario que andes recibiendo golpes por mí, doc, igual ni me voy a fijar en ti.

Jugar con el *piercing* de su nariz era una reacción automática de su sistema cuando intentaba darse importancia. Era algo de lo que ella no se percataba, pero él sí...

—Así que eso piensas de mí —sonrió el hombre.

—Se te nota demasiado... —dijo, con la esperanza de haber atacado por fin una fibra de sensibilidad.

—¿Qué tienes tú que me pueda gustar, Violeta? ¿Qué tienes tú que le pueda gustar a alguien? Una vida

vacía, un paquete de pastillas, una actitud infantil, un ego desmedido, cien libras de huesos...

—¿Cien libras de huesos? —se mostró ofendida.

Él aguantó una pequeña carcajada interna; a pesar de todo, Violeta seguía comportándose como una niña a quien le afectaban más que nada las críticas superficiales.

—Si no te comes el almuerzo, pronto serán noventa y nueve... —dijo acercando la bandeja que había dejado la enfermera en la mesa de noche.

—¡Cómetelo tú! —hizo una mueca de disgusto y se puso frente a la pared, dándole la espalda.

—El ser humano es tan salvaje, tan animal, que su enemigo más peligroso se encuentra dentro de sí mismo —recitó mientras se ponía de pie—. No sobrevive quien sea más fuerte, sino quien tenga más ganas. Yo sé que quieres vivir, aunque te esfuerces en negarlo. Y voy a estar aquí, mientras vea en tus ojos una chispa de coraje.

Violeta no movió ni un músculo, intentando evitar que los suspiros pedregosos la delataran. Cuando decidió voltearse, él ya no estaba ahí, pero sus palabras le calaron hondo: los comentarios ajenos, la desesperación de sus padres, sus propios sentimientos... Todo le importaba más de lo que se permitía expresar.

Violeta quería vivir, pero no sabía cómo. Quizás el universo intentaba mostrarle que necesitaba confiar en alguien para seguir... Lo bueno de, en ocasiones, dejarse caer es que, muchas veces, de la caída resurgimos fuertes y más vivos que nunca...